

INSTRUCCIONES DE NAPOLEON A FOREY.

México, Marzo 5 de 1863.

Sabido era que al salir Forey para México á tomar el mando del cuerpo expedicionario, habia recibido del emperador las instrucciones á que debia arreglar su conducta en este país; pero ellas eran ignoradas, y solamente podia conjeturarse su contenido por los actos del general enemigo. Hoy podemos ya darlas á conocer al público, habiéndolas recibido entre la correspondencia llegada por el último paquete frances.

En el *Temps* de Paris de 16 de Enero, leemos lo siguiente: "Hemos recibido hoy un ejemplar del *Libro Amarillo*, que contiene los documentos diplomáticos distribuidos al senado y al cuerpo legislativo, de los que tomamos la siguiente carta del emperador al general Forey:

Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.

Mi querido general:

En el momento en que vais á salir para México, investido de poderes políticos y militares, creo útil daros á conocer bien mi pensamiento.

Hé aquí la linea de conducta que tendreis que seguir: 1º, expedir á vuestra llegada una proclama, cuyas principales ideas se os indicarán: 2º, acoger con la mayor benevolencia á todos los mexicanos que se os presenten: 3º, no abrazar la defensa de ningun partido, declarar que todo es provisional mientras no se haya declarado la nacion mexicana, mostrar una gran deferencia á la religion; pero tranquilizar al mismo tiempo á los tenedores de bienes nacionales: 4º, alimentar, pagar y armar, con sujecion á vuestros recursos, á las tropas mexicanas auxiliares, haciéndoles representar el papel principal en los combates: 5º, conservar la mas severa disciplina, así entre nuestras tropas como entre las auxiliares; reprimir vigorosamente todo acto, toda palabra ofensiva para los mexicanos, pues no se debe olvidar la altivez de su carácter, é importa para el buen éxito de la empresa, conciliarse ante todo el espíritu de las poblaciones.

Cuando háyamos llegado á México, es de desear que las personas notables de todos colores, que hayan abrazado nuestra causa, se entiendan con vos para organizar un gobierno provisorio. Este gobierno someterá al pueblo mexicano la cuestion del régimen político que deberá quedar definitivamente establecido, convocándose luego una asamblea electa conforme á las leyes mexicanas.

Ayudareis vos al nuevo poder á introducir en la adminis-

tracion, y sobre todo, en hacienda, esa regularidad de que la Francia ofrece el mejor modelo. Con tal fin se le enviarán hombres capaces de ayudar su nueva organizacion.

El objeto propuesto no es imponer á los mexicanos una forma de gobierno que les fuese antipática, sino auxiliarlos en sus esfuerzos para establecer, segun su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad, y que pueda asegurar á la Francia la reparacion de los agravios de que tiene que quejarse.

Se deja entender que, si prefieren una monarquía, está en el interes de la Francia apoyarlos en esa vía.

No faltarán gentes que os pregunten por qué vamos á gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en México.

En el estado actual de la civilizacion del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á la Europa, porque aquella es la que alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interes en que la república de los Estados-Unidos sea poderosa y próspera; pero ninguno tenemos en que se apodere de todo el golfo de México, domine desde allí las Antillas, así como la América del Sur, y sea la única distribuidora de los productos del Nuevo-Mundo.

Vemos hoy, por una triste experiencia, cuán precaria es la suerte de una industria que se ve reducida á buscar su materia primera en un mercado único, cuyas vicisitudes todas tiene que sufrir.

Si, por el contrario, México conserva su independencia y la integridad de su territorio; si un gobierno estable se constituye allí con el auxilio de la Francia, habrémos devuelto á la raza latina, del otro lado del Océano, su fuerza y su prestigio; habrémos garantizado su seguridad á nuestras colonias de las Antillas y á las de España; habrémos establecido nues-

tra benéfica influencia en el centro de la América, y esta influencia, al crear inmensos expendios á nuestro comercio, nos suministrará las materias indispensables para nuestra industria.

México, así regenerado, nos será siempre favorable, no solamente por agradecimiento, sino tambien porque sus intereses estarán de acuerdo con los nuestros, y porque encontrará un punto de apoyo en sus buenas relaciones con las potencias europeas.

Hoy, pues, nuestro honor militar comprometido, las exigencias de nuestra política, el interes de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar sobre México, de plantar allí atrevidamente nuestra bandera, y de establecer, ó bien una monarquía, si no es incompatible con el sentimiento nacional del país, ó cuando ménos un gobierno que prometa alguna estabilidad.

NAPOLEON."

Examinemos ahora, cual corresponde á un documento de tan alta importancia, el programa imperial.

Luego que llegó Forey á Veracruz, expidió la proclama que á su tiempo comentamos, y que según dijo despues él mismo, fué dictada por el emperador.

Al mandar acoger con benevolencia á cuantos mexicanos se presentaran al ejército frances, no se calculó que habian de ser la hez de la sociedad. De aquí ha procedido que hombres manchados con toda clase de crímenes, figuren hoy como aliados de Napoleon.

La provisionalidad de cuanto se haga por los invasores, no le quita el carácter de atentado horrible contra la soberanía de un pueblo independiente.

La deferencia á la religion ha consistido hasta aquí en blanquear algunas iglesias.

La seguridad dada á los tenedores de bienes nacionales, de que no serán despojados de éstos, no ha de ser del agrado de las beatas y fanáticos que han estado deseando el buen éxito de la intervencion, en la firme creencia de que serian devueltos al clero los bienes en cuya administracion cometió tantos abusos. Puede ser que este desengaño aclare algo las filas del partido intervencionista.

Tampoco ha de parecer bien á los traidores puestos á sueldo del invasor, que el pan de ignominia que se les arroja á la cara, hayan de pagarlo sirviendo de parapeto á los franceses, cuyas vidas se trata de conservar á costa de las suyas. Este rasgo de cinismo del emperador debe á su vez desacreditarlo con otros de los sectarios de la intervencion.

El precepto de conservar la disciplina no ha sido observado por impotencia ó falta de voluntad, y los excesos cometidos en las poblaciones ocupadas por los franceses les hacen bien poco honor. El espíritu de aquellas les es abiertamente hostil, á consecuencia de los actos ofensivos que se han permitido.

Las reglas mencionadas hasta aquí, llevan por objeto facilitar el buen éxito de la expedicion, hasta la ocupacion de la capital. Para cuando se consiga este resultado, se dieron otras prevenciones.

La falta absoluta de respeto á la voluntad nacional resalta en la órden de que, para organizar un gobierno provisorio, no se ha de contar mas que con los notables que hayan abrazado la causa francesa, importando poco, mediante tal condicion, el color que tengan. Los hechos van confirmando con toda precision las previsiones de los que nunca han confiado en la verdad de las declaraciones falaces. Un gobierno, hechura de Forey y compuesto de afrancesados, nunca será el representante legítimo de la república mexicana.

Esa autoridad postiza ha de consultar al pueblo sobre las instituciones que prefiera, y ha de convocar una asamblea electa conforme á las leyes mexicanas. En esta parte de las instrucciones se nota una vaguedad completa, por no expresarse el modo con que ha de ser consultada la voluntad popular en un país libre en casi todo su territorio del yugo extranjero. Las elecciones para la asamblea, si fueran posibles, saldrian á sabor de los gobernantes intrusos adueñados del poder, los cuales sin duda lo conservarían por el tiempo indefinido que tardase en declararse cuál era la opinion del pueblo mexicano.

De mas á mas, vendrian empleados franceses á instruirnos en la ciencia de la administracion y en el arreglo de la hacienda pública; de manera que, no contento el emperador con tener un gobierno de su devocion, extenderia el pupilaje, desarrollando á costa agena la emplomanía entre sus súbditos.

Asombra despues de revelaciones tan explícitas de una intervencion en nuestros negocios domésticos, que nos reduciria á una especie de vasallaje, la insistencia de la declaracion de que no se nos quiere imponer una forma de gobierno que nos sea antipática. Cada vez nos confirmamos mas en la idea de que se padeció un inconcebible extravío, al considerar como profundo político al soberano cuya vida ha sido una serie constante de contradicciones.

Ningunas probabilidades de estabilidad puede tener un gobierno impuesto por las bayonetas extranjeras. El monarca de un país en cuya historia se registra la restauracion de los borbones, debería saberlo mejor que nadie.

Si de algunos agravios tuviera la Francia que quejarse justamente, habrian desaparecido ya bajo el enorme peso del atentado cometido con nosotros. Hoy México es el agravia-

do de una manera brutal: á México es al que se deben reparaciones.

La monarquía, detestada en México bajo todos aspectos, acabaria de hacerse aborrecible hasta el último grado, si la impusieran los franceses.

S. M. I. ha tenido la bondad de entrar en explicaciones acerca de los motivos que lo inducen á sacrificar los tesoros y la sangre de la Francia, considerando que querrán saberlo algunos curiosos. En ese número nós contamos nosotros; pero nuestra curiosidad no ha quedado satisfecha con las razones alegadas.

Comprendemos perfectamente el interes europeo en los negocios de América, y deseamos como el que mas, la union íntima y cordial de ambos continentes. También comprendemos que no puede convenir á la Francia que los Estados- Unidos se apoderen de todo el golfo de México. Lo que sí no llegamos á entender es, que de tales premisas se deduzca la consecuencia del derecho de Napoleon para intervenirnos:

Cabalmente la época que con perfidia se escogió para esa empresa injustificable, es la ménos á propósito para que se realice el supuesto peligro de que séamos absorbidos por nuestros vecinos del Norte. Devorada hoy la gran república americana por una guerra civil que ha tomado proporciones colosales, no es esta ciertamente la oportunidad de pensar en conquistas.

Y aun suponiendo el riesgo inminente, la probabilidad de que fuéramos víctimas de un atentado no autoriza á un tercero en discordia para cometer otro igual. A ningun ladrón le serviria de disculpa, alegar que el viajero despojado iba á ser robado por otro amigo de lo ageno. Ningun asesino justificaria su crimen, con mostrar á otro facineroso con el puñal levantado sobre su víctima.

El alhagüño cuadro que se traza de los prósperos resultados de la conservacion de nuestra independenciam y de la integridad de nuestro territorio, deberia servir precisamente de estímulo para no abusar contra ellas. Al atacarlas, se pierden por necesidad muchas de las ventajas pronosticadas, y especialmente las relativas á Francia, pues léjos de que subsista su influencia en el centro de la América, acabará por naufragar como justo castigo de una ambicion insensata. Quien siembra odio no puede cosechar amor.

México no puede agradecer agravios, tan escandalosos como inmerecidos. Sus intereses no pueden estar de acuerdo con los de una potencia injustamente agresora. Sus buenas relaciones con las potencias europeas, no pueden encontrar punto de apoyo en la que atiza la discordia y falta á los compromisos mas solemnes.

En su avance sobre México, el invasor tropezará con la resistencia de un pueblo decidido á defenderse á todo trance. Del vigor de la defensa esperamos que no consienta que la bandera francesa ondee en nuestra capital; mas si tal desgracia llegare á acontecer, el gobierno que aquí se establezca, ya sea monárquico ó no, será una autoridad de burlas, escarnecida, despreciada, anatematizada en la república entera.

Miéntas permanecieron en la oscuridad las intenciones de Napoleon III, pudo haber ilusos que las creyeran menos atentatorias. Conocidas ya oficialmente, los mexicanos que se presten á ayudarlas, merecerán á la vez que la de traidores, la calificacion de imbéciles.

LA CUESTION EXTRANGERA.

México, Marzo 6 de 1863

En ese *totum revolutum* que se llama continente Europeo, decirse puede que casi no hay una sola nacion en que esté sistemado el bienestar público en términos satisfactorios. Ya sea por un principio, ya por otro diverso, lo cierto del caso es que distan mucho de haber llegado á un punto de felicidad, capaz de justificar las continuas diatribas que dirigen á los pueblos de este lado del Atlántico, recién nacidos á la vida política, en cuyas primeras luchas han sufrido los desastres propios de la inesperienza.

Sin detenernos á reseñar cuanto encierra de turbulento y anárquico el viejo mundo, tarea que nos llevaria demasiado léjos, mencionaremos en pocas palabras algunos de los gérmenes de discordia á que nos referimos.

La cuestion de Oriente vuelve á tomar un aspecto alarmante, así por las complicaciones que entraña la conducta observada por la Puerta Otomana en la Herzegovina y el